

El asesinato delante de menores, un agravante como en el caso de Valga

J. R. VIGO / LA VOZ

Ángel Rodríguez llegó ayer a mediodía a la Comandancia de la Guardia Civil de Pontevedra para prestar declaración. Una vez finalizadas las diligencias, entre mañana y el jueves, pasará a disposición judicial en Vigo, para que se inicie en el Juzgado de Violencia de Género la instrucción procesal por el crimen de su exmujer, Beatriz Lijó, delante de los hijos que tuvo con ella, algo que judicialmente será un agravante cuando se enfrente a un juicio. Se trata de un delito de atentado contra la integridad moral.

Precisamente por ese punto (matar a la expareja delante de los hijos) el crimen de Baiona guarda parecido con el triple crimen de Valga, cometido por José Luis Abet el 16 de septiembre del 2019 y que dentro de un mes llegará a juicio. Abet, igual que Ángel Rodríguez, mató a su exmujer en presencia de los dos hijos que ambos compartían. A mayores, acabó con su exsuegra y con su excuñada. Para él la Fiscalía solicita el máximo castigo penal que existe en España: la prisión permanente revisable.

Secuelas en el caso de Valga

En el caso de Valga, la Fiscalía expone que «el acusado quiso expresamente que sus hijos menores de edad presenciaran cómo mataba a su exmujer con el consiguiente sufrimiento que suponía para ellos, razón por la que cometió el crimen cuando se disponían a ir al colegio. José Luis Abet fue plenamente consciente de la presencia y proximidad de sus hijos menores en el momento de matar a su madre [...] siendo también consciente de que tal traumática y violenta visión menoscababa gravemente su integridad psíquica provocándoles secuelas de gravedad dada su corta edad, la vinculación familiar con las víctimas, la circunstancia de ocurrir los hechos en su domicilio, el medio empleado y lo violento y sorpresivo del ataque».

Tres años después, los hijos de Abet sufren «daños psicológicos consistentes en trastorno de estrés posttraumático» y secuelas consistentes en «pesadillas, recursos y pensamientos intrusivos que les ocasionan un malestar emocional clínicamente significativo, así como un proceso de duelo traumático», según recoge la Fiscalía.

«Que o pai sexa o agresor acrecenta exponencialmente o trauma»

Los expertos dicen que los niños requerirán un trabajo psicológico profundo

MÓNICA P. VILAR
REDACCIÓN / LA VOZ

Si se confirman los datos del crimen, los hijos de Beatriz Lijó y Ángel Rodríguez habrán vivido uno de los sucesos más duros a los que se puede enfrentar un niño: ver morir a su madre a manos de su propio padre. «Perder a nai xa é un trauma para calquera neno pequeno, pero que a mate o pai acrecenta exponencialmente ese trauma», apunta María Victoria Canosa Rama, psicóloga sanitaria habilitada en los programas de atención psicológica por violencia de género.

La edad de los pequeños, de 7 y 9 años, hace que la huella pueda ser especialmente profunda. «Unha situación traumática a curta idade deixa máis pegada, mesmo a nivel neurológico. Vai ter secuelas, e vai condicionar o seu desenvolvemento», explica esta experta, que apunta, sin embargo: «As persoas temos unha capacidade tremenda para recuperarnos ata do peor que nos pode pasar, poderá lograrse que os rapaces cheguen a levar unha boa vida, pero vai ser necesario un traballo longo e profundo a nivel emocional e psicológico».

En los primeros momentos posteriores al suceso los niños necesitarán, indica, un entorno «tranquilo e seguro» y un acompañamiento «estreito» de los adultos que se hagan cargo de ellos. «Precisarán orde e certa rutina, que non haxa un exceso de estímulos, nin moita xente entrando e saíndo. Temos que poder observarlos e ir captando as pistas que nos van dando», explica Canosa. Tras el golpe emocional, casi cualquier reacción entra dentro de lo normal: «Poden amosar emocións moi explosivas, ou todo o contrario, quedar apocados e moi retraídos. Se están moi introvertidos, hai que intervir o antes posible, para conseguir que poidan expresarse», añade.

«O primeiro será traballar a conexión emocional, intentar que poidan expresar o que garden dentro logo desa tremenda experiencia. Axudalos a nomear esas distintas emocións. Pode ser con palabras, pero tamén con outras linguaxes, como o debuxo. Hai moitas ferramentas: contos, películas...». Eso sí, es necesario respetar los tiempos de cada niño, «ir ao seu ritmo». Qué hacer, o cómo trabajar, dependerá de muchos factores, como la edad de los niños o su grado de madurez. Por ello, recuerda, es importante que los adultos a cargo sepan buscar ayuda pro-

fesional. «É importante asesorarse, un cativo que pasa por isto precisa moita axuda, e sería importante que houbera na sanidade pública servizos accesibles que os atendan coa frecuencia necesaria durante un tempo que non vai ser curto», comenta esta psicóloga.

Adultos a cargo

Los dos pequeños se han quedado, de un golpe, sin sus cuidadores principales. En casos así, técnicos de los servicios de menores, especialistas del sis-

tema de protección, analizan las circunstancias de los niños, que quedan en una posible situación de desamparo. No hay una solución estándar, ya que se atiende a las peculiaridades de cada caso.

Por lo general, si hay red familiar, tiende a priorizarse que

los menores permanezcan en el núcleo de personas a las que ya conocen y con las que mantienen lazos afectivos y emocionales. Se analiza para ello qué parientes hay, cuáles podrían hacerse cargo de los niños o qué ayuda necesitarían, y la Administración autonómica otorga colaboración, en forma de asesoramiento o económica a los acogedores. Eso sí, ante cualquier conflicto que surja, son los juzgados los que tienen la última palabra sobre quién debe hacerse cargo del menor.

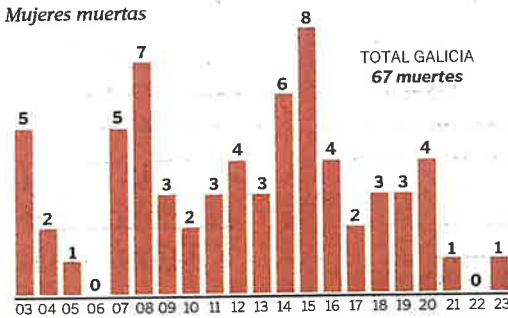
TELÉFONO DE ALERTA

016

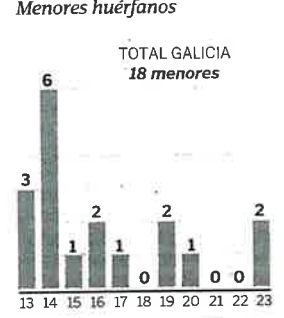
Las llamadas a este teléfono son gratuitas y no quedan registradas en la factura

Las cifras de la violencia de género

Mujeres muertas



Menores huérfanos



LA VOZ

18 menores huérfanos por la violencia machista en Galicia en diez años

M. P. V. REDACCIÓN / LA VOZ

Beatriz Lijó Gesteira es la víctima número 67 de la violencia machista en Galicia desde que comenzaron a registrarse estos crímenes, hace veinte años, en el 2003. 67 mujeres asesinadas a manos de sus parejas o exparejas.

El crimen mortal de Baiona es el primero de este tipo cometido en la comunidad desde septiembre del 2021. Y es que las cifras oficiales no asignan a Galicia ninguna mujer asesinada por violencia machista el año pasado. Dos casos quedaron fuera del balance: el de la viguesa Clotilde Rodríguez, de 82 años, asesinada en mayo a cuchilladas por su marido, de 83, porque, aunque sí está reconocida como víctima de la violencia de género, fue en Tenerife; y el de Jéssica Méndez, de 29 años, a la que en marzo embistió con un coche su vecino, obsesionado con ella. Sucedió en el municipio pontevedrés de Barro. Pero la joven y su acosador nunca fueron pareja, por lo que se considera un feminicidio, pero no entra en la estadística de violencia machista.

Beatriz es también la víctima número 28 registrada en Pontevedra, la provincia que acumula más casos mortales, frente a los 23 de la provincia de A Coruña, los nueve de Lugo o los siete de Ourense. En el conjunto de España, la violencia de género deja ya, oficialmente, 1.190 mujeres asesinadas en dos décadas.

La mujer asesinada en Baiona tenía dos hijos menores, de 9 y 7 años, víctimas también de la lacra machista. El número de menores huérfanos por la violencia machista se contabiliza oficialmente desde el año 2013. En los últimos diez años, 390 niños han pasado por ese trance en toda España, 18 de ellos en Galicia, una vez se sumen a la estadística los hijos de Beatriz Lijó.

De nuevo Pontevedra es la provincia más afectada, con ocho menores huérfanos. En Lugo se contabilizan seis, en A Coruña cuatro y en Ourense ninguno.

Poco más de un mes ha transcurrido del 2023, y el caso ocurrido este fin de semana en Galicia

ya suma la octava víctima mortal por violencia machista en lo que va de año en España. Tres de ellas perdieron la vida en Andalucía, mientras que Canarias, Cataluña, Castilla-La Mancha, Castilla y León y Galicia suman un crimen mortal cada una.

Ocho víctimas en España

Cinco de las mujeres asesinadas eran de nacionalidad española, y otras tres, extranjeras. La mayoría tenían, como Beatriz Lijó, entre 41 y 50 años (cinco víctimas estaban en esta franja de edad). Otras dos tenían menos de 40 y una superaba los 61 años.

En la mitad de los sucesos, el agresor fue la pareja de las víctimas, y en otros cuatro casos, ellas murieron a manos de sus exparejas o de hombres de los que estaban en trámites de separación.

Solo en dos de los casos constaban denuncias previas, y de ellos, solo en uno había medidas de protección activas, y se cometió el crimen después de que el asesino quebrantase una orden de alejamiento.